Asociación de Magisterio de Santa Fe - AMSAFE

Dirigido a niños, niñas, adolescentes y adultos que van a la escuela

Material didáctico elaborado para su publicación y difusión en la comunidad educativa. Resultado de la articulación entre el gremio AMSAFE y la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales de la Universidad Nacional de la Plata como actividad de extensión, a través de Luciano M. Roussy. Abril de 2020.

Las Plantas de la Abuela

Hace algún tiempo, niños y niñas, andábamos por las calles del barrio para jugar, explorar, hablar con la gente, construir, encontrarnos. En ese ir y venir, las abuelas nos cuidaban, siempre atentas a que no hagamos nada malo. A veces, un poco nos retaban, pero otras, la mayoría, nos contaban lindas historias. Siempre un tema de conversación eran las plantas, cómo se cuidan, de dónde vinieron, cuánto hacía que estaban allí, por qué nos gustaban y cuál nos podíamos llevar de regalo.

Las abuelas del barrio, y mi abuela también, tenían un impulso casi frenético de querer compartir: conservas, dulces caseros, comidas, y las plantas claro. Estas últimas, eran una excusa sencilla y barata para poder hacerlo. Los jardines de los frentes de las casas de mi barrio se parecían y se parecen. Existen un conjunto de plantas que van de mano en mano, que se reproducen fácilmente, y algunas no tanto, en un secreto trasiego de gajos entre los hogares. Las modas inexorables quieren arrastrar estas plantas a su desaparición, denominándolas "Plantas de Vieja", pero resulta que hasta lo *vintage* se pone de moda y hoy son símbolo de búsqueda de identidad en casas de decoración. Hay algo que portan esas plantas, y es la identidad de algo compartido. Ese algo compartido, difícilmente se pueda vender, por eso las *Plantas de la Abuela* en una casa de decoración son desabridas. Las *Plantas de la Abuela* tienen tres características: o te la regaló alguien en un gesto de compartir amor, o la heredaste como símbolo de un vínculo eterno, o la tomaste prestada pícaramente de algún jardín en un acto descarado de envidia y deseo.

Tener el nombre de *Plantas de la Abuela* no es un título honorable fácil de obtener. Para empezar, cualquier planta que se digne de tener ese bello nombre debe ir acompañada de una maceta con historia, que haya tenido múltiples usos y que también pueda haber sido encontrada en algún baldío cercano. No faltan las ingeniosas macetas de cubiertas de autos, ni tampoco los materiales reciclados que auspician de contenedores: latas oxidadas, cacharros de cocina que no sirven más, plásticos cortados de maneras ingeniosas, en fin, lo que tengamos a mano para poder ponerle tierra y una plantita. Pero las *Plantas de la Abuela* también van en tierra, ahí donde están una al lado de la otra bien pegadas, porque de plantar y plantar las ponemos bien juntitas, de manera de que no quepa una más. Sin embargo, la obstinación por tener más y más plantas hace que siempre encontremos un rincón para una más. Siempre plantamos alguna más, porque eso nos obliga a hacer lugar y liberar algún gajo para poder regalar, o hacer un hijito en una maceta que auspiciará de *souvenir* ante alguna visita inesperada.

Las *Plantas de la Abuela* se retroalimentan con las que vienen desde principio de siglo pasado hasta las que incorporamos hoy en día, algunas que perduran en el tiempo, otras que se incorporan como novedad y se ganan su lugar, y otras olvidadas que esperan ser rescatadas y

recordadas. El infaltable Aloe Vera, que ha poblado barrios enteros por sus propiedades medicinales y su fácil cultivo. En mi caso, las Pileas, con las que poblé cada casa de la familia. Las más deseadas (donde se demuestra mucho amor): las bulbosas. Bulbos de Dhalias, Narcisos, Fresias y Amarillis son algunas de las más preciadas y envidiadas. Compartir un bulbo es un regalo mayor.

Como dijimos anteriormente, las *Plantas de la Abuela* tienen que tener un par de características para que puedan portar ese digno nombre. Acá se abre un tema que es ¿cómo nos hacemos de esas *Plantas de la Abuela* para construir nuestros jardines?. La forma más común es que procedan de regalos producto de una auspiciosa charla parados en el frente de una casa, ese compartir diario con una historia que porta esa planta y un deseo de querer tenerla nos convoca a tener una auténtica *Planta de la Abuela*, una planta con alma. Otra forma es la colecta de plantas en la calle: recoger una rama que se rompió accidentalmente o terminar de cortar una ramita dañada que no tenía posibilidades de recuperación, o simplemente recoger restos de podas de los jardines, nos permite multiplicar las plantas, dar vida a algo que tenía destino incierto. Este acto de recolección es una complicidad silenciosa con el dueño original de dichas plantas, allí radica la esencia que la hace *Plantas de la Abuela*.

También, existen otras técnicas muy desarrolladas entre los amantes de las plantas: hablamos de tomarlas prestadas pícaramente de los jardines. Ese pequeño corte, casi accidental, de una ramita de la planta, con la mano en la espalda para que nadie nos vea donde nos llevamos una pequeña porción de esa planta gigante que tanto queremos. Es un acto hasta cómplice con el dueño, porque todos y todas sabemos que un gajo prestado prende mucho mejor que cualquier otro, es hasta un acto de cábala.

Pero volvamos a las *Plantas de la Abuela*, ya nombramos al bendito Aloe Vera, que se difunde tan rápidamente. Me interesa pensar en más plantas, como la Planta de la Moneda, una crasa que prende tan fácil y que forma un arbusto perenne que crece en la sombra y en el sol sin problemas, la rastrera Planta del Dólar, que cuelga de macetas y cubre esos lugares sombríos donde no crece nada. El Manto de la Vírgen, tan generoso con sus floraciones primaverales. La Oreja de Elefante o la Costilla de Adán que ya es un regalo mayor que no entra en el bolso o la mochila, lo mismo pasa con la Aralia. La Hoja de Salón, tan maltratada por insulsa ya que no tiene flor, es oscura, se pega la tierra en sus hojas, pero que siempre está, ahí en el rincón sin molestar a nadie, nos ve pasar por las casas, recibe a los hijos e hijas, las mascotas y siempre está, nos acompaña. Los Potus, en agua, en maceta o en tierra, adentro o afuera, en la galería o tirado por el rincón, siempre con sus eternas guías que cuelgan, o que la mano humana las hace trepar por lugares inverosímiles, amante de bares y bodegones en una estética casi perfecta para acompañar las paredes revestidas de machimbre. La Ruda macho (para espantar vio), algún orégano, perejil, tomate, romero, siempre algo de huerta hay que tener. El Taco de Reina o flor de Pájaro, con esa compleja floración que deslumbra a cualquier mortal.

Un capítulo aparte son los Cactus y las Suculentas. Estas plantas que se incorporaron en el último tiempo, principalmente las cactáceas, ya que las suculentas vienen de antaño, fueron polémicas en las charlas con las Abuelas. En mi barrio, los Cactus, no gozaban de buena reputación. Mi abuela decía que eran mal augurio y mala suerte tener Cactus en las casas, por eso, claro, no había ninguno en su jardín. En los últimos tiempos, la facilidad y posibilidad de cultivo en

pequeñas macetas, la variedad de especies, la hermosa floración que poseen les permitió hacerse un lugar en los nuevos jardines de todas las casas y derribar ese mito.

Una planta que inunda este tipo de jardines, cuando hay mayor superficie, son las Achiras y las Maravilla o Don Diego de Noche, especies con una gran variedad de colores y una reproducción casi espontánea, ya sea por rizomas o semillas.

Las Rosas, cultivar ese pequeño rosal comprado en el vivero que tiene una floración tan particular y que se espera como la llegada de las fiestas de fin de año. También compartido como gajo, pero que en estos casos aparece como enredadera ya que pierde el injerto realizado en vivero, aparece la rosa Rococó o las enredadera de rosas Rosadas.

Son muchas las plantas que podemos nombrar, pero preferimos siempre preguntar, porque así podemos saber más, ¿qué plantas tenían tus Abuelos y Abuelas? ¿Cómo te gustaría que sea tu *Planta de la Abuela*?